

VIAJE, PERSPECTIVA IDEOLÓGICA Y PROYECTO NACIONAL EN  
“PÁGINAS DE MI DIARIO DURANTE TRES AÑOS DE VIAJE 1853-  
1854-1855” DE BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

*TRAVEL, IDEOLOGICAL PERSPECTIVE, AND NATIONAL PROJECT  
IN “PÁGINAS DE MI DIARIO DURANTE TRES AÑOS DE VIAJE 1853-  
1854-1855” DE BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA*

Marcelo Sanhueza<sup>1</sup>  
Universidad de Chile  
marceloivansanhueza@gmail.com

RESUMEN

En el presente trabajo analizamos la perspectiva ideológica que se configura en “Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854-1855” de Benjamín Vicuña Mackenna, en relación con el papel de la explotación agrícola y de la emigración europea en el proyecto nacional que elabora gracias a su experiencia de viaje. Para este propósito, examinamos cómo Vicuña Mackenna construye dicho proyecto a partir de diversas fuentes del pensamiento político-social colonial y moderno que se desarrolló tanto en Hispanoamérica como en Europa.

PALABRAS CLAVE: Relato de viaje, descolonización, proyecto nacional.

ABSTRACT

In this paper we analyze the ideological perspective that is articulated in “Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854-1855” by Benjamín Vicuña Mackenna, mainly in relation to the role of agriculture and European migration in the construction of a national project that develops through his travel experiences. For this purpose, we examine how Vicuña Mackenna constructs this national project

---

<sup>1</sup> Este artículo fue concebido dentro de mis estudios de doctorado, posibles gracias al financiamiento de Becas CONICYT, Doctorado Nacional 2013, N° de folio 21130436.

by drawing from various sources of modern and colonial sociopolitical thought that were developing in both Spanish America and Europe.

KEY WORDS: *Travel writing, Decolonization, National project.*

*Recibido: 3 de marzo de 2015.*

*Aceptado: 15 de diciembre de 2015.*

## 1. INTRODUCCIÓN

Durante el siglo XIX la búsqueda de un modelo social y cultural independiente fue un eje transversal dentro de los sectores más liberales de la élite política e intelectual hispanoamericana y particularmente chilena. Así, por ejemplo, surge la denominada generación de 1837 en Argentina y la Sociedad Literaria de 1842 en Chile. Movimientos donde la actividad política estaba relacionada directamente con el quehacer intelectual y artístico, cuyo objetivo primordial fue cooperar en la formación de la nación y de las identidades nacionales locales. Aunque este proceso no estuvo exento de disputas y revoluciones intestinas en busca de obtener la hegemonía política.

En este escenario histórico, surge la figura de Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886), intelectual que se destacó principalmente en el estudio de la historia de Chile y de América. Fue, además, connotado político vinculado al liberalismo chileno, ocupando los cargos de diputado, senador e intendente de Santiago, y también contribuyó al desarrollo de la prensa nacional creando una serie de diarios y periódicos político-sociales durante la segunda mitad del siglo XIX.

En la presente investigación examinaremos su obra “Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854-1855”<sup>2</sup>, publicado en 1856, texto que reúne la experiencia de sus viajes por México, Estados Unidos, Canadá, Francia, Inglaterra, Italia, Alemania, Holanda, Brasil y Argentina, entre noviembre de 1852 y octubre de 1855. Este periplo fue motivado debido a su exilio político tras participar en la revolución de 1851 en contra del gobierno conservador de Manuel Bulnes.

---

<sup>2</sup> De regreso a Santiago, Vicuña Mackenna redactó las notas de su diario de viaje para ser publicado como folletín entre mayo y agosto de 1856 en el periódico *El Ferrocarril*. “Durante ese mismo año, en la imprenta de este periódico se publicó el volumen completo y definitivo, bajo el título de Páginas de mi Diario durante tres años de Viajes. 1853-1854-1855”. Santiago: Imprenta del Ferrocarril, 1856. Para este trabajo, ocupamos la reedición publicada por la Universidad de Chile en 1936, correspondiente a los dos primeros volúmenes de las Obras completas de Benjamín Vicuña Mackenna en la que se actualizaron las grafías. Con el objeto de facilitar el sistema de citación y la lectura, en lo sucesivo ocuparemos la abreviación OC I y OC II para referirnos a los dos volúmenes en los que “Páginas...” se encuentra contenida.

Hemos elegido “Páginas...” dentro de la voluminosa producción de Vicuña Mackenna, porque estimamos que es una obra que escenifica una serie de problemáticas relacionadas con la emergencia de un pensamiento crítico latinoamericano que, a partir de su experiencia de viaje, enfatiza su posicionamiento ideológico-político frente al mundo occidental. En el interior de sus capítulos desfilan los hombres, los acontecimientos, los paisajes y las ciudades que marcaron una época.

En líneas generales, abordamos “Páginas...” en el marco de los relatos de viajes decimonónicos escritos por la élite criolla que en su nueva condición de emancipados de la Corona hispana, buscaron reafirmarse desde sus particularidades geopolíticas y geoculturales. Para este fin, los viajes tanto dentro del subcontinente como hacia Europa y Estados Unidos cumplieron una función relevante. Los viajes tuvieron además un sentido diplomático y político, situación que se identifica en los escritos de viajes de intelectuales decimonónicos como Vicente Pérez Rosales, Domingo Faustino Sarmiento, Isidoro Errázuriz, José Martí, Juan Bautista Alberdi, entre otros.

El viaje a Europa fue el destino predilecto de las élites hispanoamericanas, pues representó una de las formas de encontrar un lugar en el mundo, entrar en la modernidad y “poner al día al país: alcanzar el nivel de lo europeo” (Sanhueza, *Chilenos* 87). Uno de los objetivos centrales de los viajeros, en este sentido, consistió en desmarcarse del pasado colonial que, en la óptica de los liberales criollos, fue juzgado como un período oscuro en la historia americana que era necesario superar (Escobar). El referente social y cultural que durante más de tres siglos había sido España, se modificó por el de naciones como Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, considerados centros culturales prestigiosos y epicentros del progreso técnico de Occidente (Zea, *El pensamiento*)<sup>3</sup>. De ahí que el viaje a Europa durante la segunda mitad del siglo XIX tuviera un destacado rol en la formación de las identidades nacionales hispanoamericanas, porque era “interpretado como una forma de evolución de lo propio, a partir de una imagen que se estructuraba al entrar en contacto con el Viejo Continente” (Sanhueza, *Chilenos* 86).

Ahora bien, teniendo presente este ámbito teórico-genérico, nuestro propósito es analizar e identificar la perspectiva ideológica que construye Vicuña Mackenna desde la experiencia de la distancia, a partir de dos concepciones que consideramos ejes centrales: el papel de la agricultura y la emigración europea en su proyecto nacional, ambos presentados en su relato en forma de digresiones ensayísticas. La experiencia de la distancia le permitió elaborar un proyecto político-nacional en torno al sistema

---

<sup>3</sup> Cabe precisar aquí que Francisco Bilbao, en su ensayo “El evangelio americano” (1864), grafica el anti-hispanismo de la época entre los liberales, pues cree que la forma de lograr el ansiado progreso social y cultural en Hispanoamérica “consiste en *desespañolizarse*” (692, énfasis del autor).

social y económico que imaginaba deseable para Chile, el cual posteriormente trató de aplicar en el país gracias al rol intelectual y político central que ocupó en la formación del Estado nacional chileno.

Proponemos, entonces, que en “Páginas...” emerge una perspectiva descolonizadora, la que se traduce en un esfuerzo por desmarcarse del pensamiento colonial y eurocéntrico en tanto apunta a construir una sociedad nacional aceptando y reforzando sus particularidades. En este sentido, el viajero critica, con postura americanista, la imagen idealizada que se ha configurado sobre el mundo moderno occidental, y plantea la supremacía de Hispanoamérica frente a los paradigmas civilizatorios (Estados Unidos y Europa) que buscaban instaurar ciertos sectores de las élites criollas. No obstante, en “Páginas...”, se conservan algunas concepciones propias del mundo occidental y colonial. Desde este punto de vista, podríamos considerar que su perspectiva descolonizadora es ambigua, puesto que mantiene un lugar de enunciación eurocentrado<sup>4</sup>, reproduciendo ciertos estereotipos y esquemas de pensamientos cuya matriz es posible rastrear en el discurso colonial hispano y europeo.

Es necesario precisar que cuando hablamos de perspectiva descolonizadora ambigua, estamos aludiendo y actualizando, de cierto modo, el concepto de emancipación mental que propuso el filósofo mexicano Leopoldo Zea, para caracterizar a los pensadores de la segunda mitad del siglo XIX en Latinoamérica; pensadores que intentaron superar el pasado colonial a través de la lucha educativa, espiritual y, en ocasiones, con el uso de las armas (*El pensamiento* 94)<sup>5</sup>. Para dicho filósofo, la emancipación mental fue la lucha que dieron en el campo ideológico los letrados liberales decimonónicos con el fin de formar una conciencia nacional que afirmaba algunas ideas provenientes de Occidente, como, por ejemplo, las ideas republicanas; pero que, al mismo tiempo, rechazaba el autoritarismo monárquico europeo. Por eso, Zea ha planteado que los letrados latinoamericanos de aquel entonces eran occidentalizados y no occidentales, porque se situaban geográficamente en los márgenes de

---

<sup>4</sup> Para la distinción entre lugar de enunciación y perspectiva que utilizamos en este trabajo, recomendamos revisar el “Prefacio a la edición castellana” del libro *Historias locales/diseños globales* de Walter Mignolo.

<sup>5</sup> Debemos precisar que la idea de emancipación mental que maneja y redefine Zea, la extrae del ensayo “Oración cívica” (1867) del positivista mexicano Gabino Barreda, quien señala que dicha emancipación es la vía necesaria para superar la mentalidad colonial mediante el impulso de las ciencias (7-8). En el marco de esta conceptualización, podemos situar también las reflexiones de Andrés Bello sobre la relevancia de construir un pensamiento americano y un quehacer científico propios, cuando unas décadas antes, en 1848, como rector de la Universidad de Chile interroga a la comunidad universitaria: “¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? (287)”.

Occidente y adaptaban las ideas europeas a un contexto sociocultural que presentaba otras problemáticas (*El pensamiento* 96-7)<sup>6</sup>.

## 2. CHILE, TIERRA AGRÍCOLA: SOCIEDAD Y ECONOMÍA NACIONAL EN “PÁGINAS...”

Mientras reside en Inglaterra, Vicuña Mackenna se establece cerca de la ciudad de Cirencester, donde cursa –por cerca de un año– estudios agrícolas en el Colegio Real de Agricultura. Su exilio de esta forma se convierte en una instancia formativa que lo faculta para examinar y estudiar los modernos sistemas agrícolas europeos<sup>7</sup>. Desde el Viejo Continente desea obtener y traer entonces las técnicas que permitan mejorar la explotación agrícola de Chile para que se transforme, en lo sucesivo, en el motor de su sistema económico-social. A nuestro juicio, su interés por el desarrollo de la agricultura es un aspecto ideológico interesante, porque correspondería a una visión sobre América que ya es posible reconocer durante los primeros años de la colonización europea y que persistiría en el pensamiento de la clase dominante y de los intelectuales hispanoamericanos decimonónicos. Pero antes de iniciar este análisis es imprescindible reseñar el contexto histórico e ideológico en el que se gestan sus ideas sobre la explotación de la tierra.

El tema de la fertilidad del territorio americano es un tópico histórico-literario que aparece ya en los escritos de Cristóbal Colón, quien describió un espacio primigenio, virgen y con abundantes riquezas naturales. Una imagen que a comienzos del siglo XIX Alexander von Humboldt rescató e hizo circular bajo la noción de América como *disponibilité*, es decir, en su calidad de espacio geográfico propicio para la explotación (Pratt 324). Estas representaciones reivindicaron la imagen del continente frente a los juicios de los intelectuales europeos que, como Antonello Gerbi ha estudiado, habían subvalorado y desdenado a su naturaleza y a sus habitantes, tanto a los indios y mestizos como a los llamados criollos durante el periodo colonial (226). En el siglo XIX, la visión del espacio natural americano que, a partir de Colón, habría

---

<sup>6</sup> También ha resultado útil para fundamentar nuestro problema de investigación, el concepto de doble conciencia criolla blanca desarrollado por Mignolo. Para este pensador, la doble conciencia era parte de la autopercepción que tenían los intelectuales latinoamericanos durante los siglos XVIII y XIX, quienes deseaban ser americanos sin abandonar su identificación con los europeos. Mignolo destaca que los criollos blancos “no podían reclamar para sí el pasado de los españoles, ni de los indios ni de los africanos [...] vivieron en la fantasía de ser europeos, aunque se sintieran ciudadanos de segunda clase” (*La idea* 89).

<sup>7</sup> Seguimos en esta idea a Carlos Sanhueza, quien ha señalado que durante el siglo XIX en Hispanoamérica “se unió el destierro, en tanto origen del viaje, con la idea de un *Bildungsreise* o viaje de formación” (*Chilenos* 100).

reinventado Humboldt, fue muy influyente entre los cenáculos intelectuales hispano-americanos poscoloniales pues les permitió legitimar el continente desde el propio discurso científico europeo (325).

Ahora bien, la forma de representar el paisaje americano en los escritos de viajes de Humboldt se transformó, según Mary Louise Pratt, en un tropo de representación literario que durante la década de 1830 fue utilizado en poesía por Andrés Bello, Esteban Echeverría y José María Heredia, quienes exaltaron las bondades naturales del Nuevo Mundo. Así y todo, el tropo humboldtiano no cumplió, entre los mencionados escritores, un papel simplemente estético-literario, sino que sirvió para difundir ciertas concepciones político-económicas sobre el continente. Así, por ejemplo, en su célebre poema “La agricultura en la zona tórrida” (1809), Bello planteó que América es una tierra que no debería ser ni minera, ni comercial, ni urbana, sino agrícola (Pratt 326).

Para Mary Louise Pratt, esta concepción de América como tierra agrícola se transformará en un sistema de representación literario común entre los escritores de la primera mitad del siglo XIX (332). Sin embargo, dicha concepción no tiene su origen únicamente en Bello, como Pratt intenta establecerlo, sino que sus antecedentes ideológicos y textuales remiten al siglo XVI. Es así como durante las primeras décadas del 1500, Gonzalo Fernández de Oviedo en su obra *Sumario de la Natural Historia de las Indias* (1526), ya tenía plena conciencia de las ventajas que esta parte del mundo, recientemente “descubierta”, poseía para la explotación del agro. Para Fernández de Oviedo, los conquistadores y colonos españoles desperdiciaban tiempo y energía en su codicioso afán por encontrar riquezas minerales cuando la explotación agrícola podría dejarles mejores dividendos, debido a la fertilidad del suelo que se mostraba muy superior a la de España y Europa (86)<sup>8</sup>.

En este marco histórico-ideológico situamos a Vicuña Mackenna, quien reelabora y actualiza algunas de estas concepciones sobre el rol de la agricultura en el continente. En efecto, podemos indicar que él es heredero y continuador de esta larga tradición que le asigna un valor trascendental al factor tierra, en tanto lugar de origen y de arraigo, pero también de los bienes que produce.

Vicuña Mackenna utiliza su relato para difundir sus ideas sobre la agricultura y también para entregarnos una serie de datos sobre el desarrollo de esta actividad en Europa. En Escocia, por ejemplo, participa de la Gran Feria de Agricultura, cuyo público proviene de “todos los confines de Inglaterra” (*OC* I 416); Vicuña Mackenna se sorprende al enterarse de que cada pueblo posee su propia “Sociedad de Agricultura”

---

<sup>8</sup> Cabe indicar que los planteamientos de Fernández de Oviedo se anclarían, de acuerdo a Leopoldo Zea, en la mentalidad medieval hispánica; mentalidad que despreciaba las actividades comerciales, por considerar que distanciaban al hombre de los verdaderos valores espirituales del cristianismo (*América* 229).

(416). Aunque lo que realmente captura su atención son las herramientas de mayor tecnología que podrían ser aplicadas en la actividad agrícola chilena. No obstante, las maquinarias inglesas son desestimadas para ser empleadas en Chile, pues considera que son de muy alto precio y de difícil manejo para los trabajadores chilenos. Por tales motivos, Vicuña Mackenna estima que aquellas herramientas son inferiores en comparación “a las sencillas y baratas herramientas americanas de que tan bellas y copiosas muestras nos llegan en el día. Y esto, de un modo desapercibido, va operando uno de los más grandes y más necesarios progresos del país” (418). De esta manera, concluye que las circunstancias nacionales no son idóneas para el uso de la tecnología agrícola inglesa. Pero al mismo tiempo que fija esta idea, aprovecha de resaltar las ventajas, con perspectiva nacionalista y sin mayores argumentos, que poseen las herramientas chilenas por sobre las de fabricación británica.

En la Europa continental, el viajero señala que uno de sus propósitos fundamentales es aumentar sus “nociones sobre la agricultura europea” (*OC I* 502). En Francia, por ejemplo, estudia con minuciosidad sus cultivos, porque en la zona de la Provenza el “clima es más análogo al nuestro que el de los territorios del Norte en que había residido” (502). Se dedica a examinar el cultivo de la seda, la grana, el olivo, el trigo, entre otros productos, para ver cómo pueden ser cultivados de forma eficiente en Chile. Es tal su preocupación por la agricultura que en París publica un texto al respecto en el que también trata el tema de la emigración hacia Chile<sup>9</sup>, pues, como analizaremos, para Vicuña Mackenna son cuestiones que van ligadas. En este libro describe y analiza la condición de la sociedad campesina nacional y las características de este tipo de explotación (Donoso 59).

Vicuña Mackenna no solo registra una serie de datos estadísticos sobre la actividad agrícola del Viejo Mundo, sino que reflexiona e interpreta estos datos con la finalidad de entregar un panorama general en torno a la función de la agricultura al otro lado de Atlántico, indicando que “es una cuestión de vida o muerte para todas las naciones de Europa” (*OC I* 503), y agrega: “Sin el huano del Perú, por ejemplo, la Inglaterra se habría muerto de hambre. Este extraordinario fertilizante va llegando ya a los distritos centrales de Francia, que son los peor cultivados, y los franceses dicen con razón que comprar huano es comprar trigo” (503). Sus observaciones apuntan a mostrar las ventajas comparativas del territorio americano para la explotación de los recursos de la tierra, evidenciando la relación de dependencia entre la agricultura europea y los fertilizantes americanos.

---

<sup>9</sup> Los datos de la edición son: *Le Chili considéré sous le rapport de son agriculture et de l'émigration européenne*. París: Imprimerie et Librairie d' Agriculture et d' Horticulture de Mme. Ve. Bouchard-Husard, 1855.

Si bien podemos señalar que su interés por el fortalecimiento de la actividad del campo en Chile dice relación con una postura ideológica que podría remontarse al pensamiento económico colonial de hombres como Fernández de Oviedo, también es posible notar, implícitamente, algunas influencias del pensamiento económico de la escuela fisiocrática. Escuela que durante la segunda mitad del siglo XVIII le asignó un papel fundamental a la agricultura dentro del sistema económico-productivo moderno<sup>10</sup>.

Junto a este probable conocimiento de las teorías económicas fisiocráticas, Vicuña Mackenna plantea que la agricultura representa los valores de la sociedad rural, los cuales son superiores a los presentes en la vida citadina europea, tal como se pregunta cuando se encuentra de regreso en Sudamérica:

¿Qué punto de comparación puede en verdad establecerse entre esa vida solemne y apacible de las noches de campo, vida de dulces costumbres, de tiernísimos recuerdos del hogar, agrupada la familia como un solo corazón de la madre, con ese ficticio ruido de las óperas y de las danzas de Europa a las que se entra pagando a la puerta un billete de 5 francos? (*OC II* 418).

Como se observa en este pasaje, el desarrollo y fomento de la agricultura no es solo una cuestión de economía política, sino que está vinculada con un tipo de sociedad idealizada por el viajero, donde el materialismo europeo es sustituido por la vida familiar y tradicional hispanoamericana; materialismo que identificó, principalmente, en las ciudades estadounidenses y en París, sobre las que expresó un profundo desencanto por sus *modus vivendi*. Es posible señalar aquí que Vicuña Mackenna está trasladando la polémica tradicional entre el campo y la ciudad que, como ha investigado Raymond Williams para el mundo europeo, representaban un contraste entre dos estilos de vida, entre “dos órdenes sociales y morales” (77). De todas maneras, dentro del mismo campo hay distintos estilos de vida: cazadores, agricultores, pastores, entre

---

<sup>10</sup> Los fisiócratas reaccionaron contra el mercantilismo y propusieron un modelo teórico que básicamente sostenía: “La agricultura constituye la principal ocupación, no solo porque es moral y políticamente superior a otras, no solo porque su producto ocupa un lugar primario en la escala de necesidades que garantiza una demanda permanente del mismo, sino también, y sobre todo, por ser la única actividad que proporciona un excedente” (Meek 17-8). Desconocemos si las doctrinas fisiocráticas tuvieron una incidencia directa dentro del pensamiento de nuestro viajero, pero sin duda pertenecen a esas ideas circulantes de la época. Tales ideas, hasta donde sabemos, habían sido introducidas y difundidas en el subcontinente a finales del siglo XVIII y comienzos del siglo XIX por el político e intelectual argentino Manuel Belgrano, quien tradujo al español la obra del principal ideólogo de la fisiocracia, François Quesnay. (Véase al respecto, Manuel Fernández López y Danaide Rosa del Valle Orellana.) Estos planteamientos de la fisiocracia eran atingentes para economías, como las sudamericanas, donde la industria manufacturera tuvo una nula repercusión durante gran parte del siglo XIX (Carmagnani 207).

los principales (25). Vicuña Mackenna se inclina por la actividad agrícola en tanto es la que formaría mejores trabajadores y ciudadanos dentro de su proyecto de nación.

En su estadía en Argentina, Vicuña Mackenna considera que el impulso de la agricultura puede ser útil para civilizar a la barbarie gaucha de la que escribía Sarmiento<sup>11</sup>:

Cuando hayan pasado 20 años de paz por la República Argentina y exista sobre su superficie un millón menos de vacas, cambiadas sí por un millón de cuerdas cultivadas, cual será la altura a que se coloquen en la escala del Universo estos países los más ricos y feraces de la tierra, porque no hay en su vasto territorio una sola pulgada que el hombre no pueda explotar sin peligro y con fruto! (*sic*) [...] Y el cultivo, la labranza, la agricultura vegetal, serán el símbolo, el fin y la consecuencia de esa civilización para este país barbarizado por esos criadores de ganados que hasta aquí han regido sus destinos (*OC II* 423-24).

De acuerdo con su pensamiento, el trabajo de la tierra sería la salvación de las provincias de La Plata, pues acabaría con el “gaucho errante, ocioso y rebelde, remplazándolo por el colono agrícola, industrioso, sobrio, padre de una familia que al fin habrá encontrado un techo bajo el cielo de la Pampa, y que por lo mismo sería buen ciudadano de paz y orden, educando a sus hijos en las sanas prácticas de un trabajo arreglado” (442). Desde esta perspectiva, el hombre dedicado a la agricultura simboliza valores antinómicos en relación con los del mundo ganadero gauchesco; valores que por lo demás, podrán desarrollar al máximo las potencialidades económicas de estos países que, para Vicuña Mackenna, son, repitiendo el gesto colombino, “los más ricos y feraces de la tierra” (445). En términos generales, el viajero considera que la actividad agrícola es la actividad civilizadora por excelencia, cuyos valores permitirán construir en América una sociedad ideal y protegida de los avatares de la moderna sociedad industrial europea y estadounidense:

El arado levanta el rancho y bajo el techo de este se cría la familia que hoy no existe en sus santos e indisolubles principios de amor, de localidad, de propiedad. Solo donde hay familia hay patria, y donde hay patria hay solo buenos

---

<sup>11</sup> En este lugar Vicuña Mackenna se apoya, sin mayores modificaciones, sobre las imágenes estereotipadas de los gauchos como sujetos bárbaros que Sarmiento proporciona en *Facundo* (1845), obra publicada en Chile durante el exilio del argentino y que Vicuña Mackenna sin duda conoce, pues la menciona en su relato junto con otras obras del trasandino, *Viajes* (1849-1851) y *Recuerdos de Provincia* (1850), también publicadas por primera vez en Chile. La mención a estas obras se enmarca dentro de los capítulos correspondientes a su estadía en Argentina, donde narra la entrevista que sostuvo con Sarmiento a finales de 1855, cuando ya Vicuña Mackenna estaba de regreso en Sudamérica y con permiso para retornar a Chile.

ciudadanos. Y tan grande es la importancia de la agricultura en el estado actual del Universo que no parece una inverosímil paradoja sostener que mayor sería la felicidad de los hombres si estos viviesen libres e independientes de su trabajo de los campos, fuera de esos enjambres de pasiones y rivalidades que se llaman las ciudades modernas, con sus talleres de fatiga y sus pocilgas de miseria, sus turbulentas plazas públicas y sus cementerios de juventud y de dolor, su despotismo y sus barricadas. No ha sido ciertamente el arado, sino el banco del industrial, la carreta del jornalero, volcados en las calles, los que han servido de cimientos a las modernas barricadas de la insurrección de la miseria y del hambre (424-25).

En este párrafo Vicuña Mackenna sintetiza un conjunto de problemáticas y de contradicciones sociales que identificó en la industrializada Europa. La agricultura, en cambio, produce un fortalecimiento de la familia que, para él, es la base del orden de la patria y de la formación de buenos ciudadanos. El campo, además, es configurado en este discurso como un espacio “universal” de independencia para el trabajador, en el cual los hombres pueden ser felices sin la necesidad de adaptarse a “esos enjambres de pasiones y rivalidades que se llaman las ciudades modernas”, donde la miseria y el hambre marcan la vida de sus trabajadores. Esta exhortación para que la comunidad nacional revalorice la simplicidad de la vida campesina encarna también al sector de latifundistas criollos que crecieron al amparo del sistema de explotación español, situación que no es abordada ni cuestionada por Vicuña Mackenna aquí. A nuestro juicio, esto pone en evidencia que algunas de las concepciones claves del viajero continúan ancladas en parte del pensamiento administrativo colonial hispano, característica típica de los pensadores criollos decimonónicos, quienes no se podían desvincular completamente de su condición de occidentalizados por el sistema ético y de representación que los europeos impusieron en América<sup>12</sup>. Junto a lo anterior, podríamos decir que la exaltación de la sociedad agrícola es una exaltación de la clase social a la que pertenece el viajero. Pese a ello, esto no corresponde solo a una postura ideológica reaccionaria o conservadora, sino que es una respuesta descolonizadora a la ideología capitalista y codiciosa que algunos sectores de Occidente, como Estados Unidos, Inglaterra y Francia, deseaban instalar por aquel entonces como único paradigma político, económico y social.

---

<sup>12</sup> De todos modos, entre los letrados criollos había plena conciencia de que la emancipación política no significaba que el mundo colonial había quedado erradicado completamente. Como se ha expuesto, hombres como Bello y Bilbao ya advertían en sus ensayos sobre tal situación, aunque esta fue una polémica intelectual transversal durante casi todo el siglo XIX desde Simón Bolívar hasta José Martí, por mencionar a los más ilustres exponentes.

Resumiendo, la visión que Vicuña Mackenna manifiesta sobre la agricultura puede considerarse más conservadora que los planteamientos del liberalismo económico capitalista, pero lo que hace es proponer un modelo de sociedad que mantiene los valores criollos blancos desde la especificidad cultural hispanoamericana. De esta forma, disputa el hegemónico proyecto político, económico y social europeo a favor de uno propio<sup>13</sup>.

### 3. NACIONALIZAR LA EMIGRACIÓN: ¿UN PROYECTO DESCOLONIZADOR?

A mediados del siglo XIX se promovió la emigración europea a Sudamérica con un doble propósito; por un lado, suplir el déficit poblacional que las clases dirigentes del subcontinente consideraban como un obstáculo para su desarrollo económico; por otro lado, incentivar la emigración hacia el Nuevo Mundo puesto que la densidad poblacional en Europa encerraba una fuerte amenaza social. Los avances del transporte y las telecomunicaciones favorecieron el rápido incremento de la emigración de europeos después de la emancipación política sudamericana (Carmagnani 238). En este escenario geopolítico, los intelectuales latinoamericanos entregaron una justificación ideológica para la emigración, porque, como apunta Carmagnani, estimaban que sería “el acelerador de las necesarias transformaciones económicas, sociales y culturales” (238). En Chile y en Argentina, las reflexiones sobre la emigración europea fueron tratadas como una problemática común de los gobiernos e intelectuales. Es así que letrados como Santiago Arcos, Vicente Pérez Rosales, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, incentivaron la emigración europea a sus respectivos países<sup>14</sup>. Incluso Vicente Pérez Rosales y Domingo Faustino Sarmiento fueron agentes pagados por el gobierno chileno para gestionar de manera más eficaz la emigración<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> No podemos dejar de mencionar que su interés por el desarrollo de la agricultura nacional trascendió a su relato de viaje. Una vez de regreso a Chile en 1856 fue nombrado secretario de la Sociedad de Agricultura, fundando ese mismo año el periódico mensual, *El Mensajero de la Agricultura*, para el que escribió una gran cantidad de artículos. También publicó en 1856 un libro titulado *La Agricultura de Chile*, correspondiente a parte de la traducción de la obra ya mencionada que editó en Francia durante su estadía en 1855 (Donoso 72).

<sup>14</sup> Algunas de estas reflexiones las podemos encontrar en los siguientes textos del período: *Viajes* (1849) de Domingo Faustino Sarmiento, *Carta a Francisco Bilbao* (1852) de Santiago Arcos, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* (1852) de Juan Bautista Alberdi y en *Recuerdos del pasado* de Vicente Pérez Rosales (1882).

<sup>15</sup> En Chile, en noviembre de 1845, se promulgó la primera Ley de Colonización o Ley de Tierras, lo que permitió normar el asentamiento de extranjeros en el país. Se enviaron agentes colonizadores hacia Europa financiados por el Estado. Por ejemplo, Sarmiento fue enviado, en

Es necesario añadir que la emigración europea no solo fue un proceso para modernizar y garantizar el desarrollo económico, sino que también provocó un desplazamiento de las fronteras internas de explotación, ocupándose el territorio perteneciente a las comunidades indígenas. Esta usurpación fue una acción llevada a cabo por los Estados-nacionales decimonónicos que se justificó ideológicamente sobre la base de los discursos elaborados durante la segunda mitad del siglo XIX por intelectuales mayormente liberales como los ya mencionados. Este proceso, denominado por el sociólogo Pablo González Casanova como colonialismo interno<sup>16</sup>, fue una operación legalizada por el Estado para usurpar los territorios y los bienes productivos de las etnias, bajo las banderas del progreso y de la civilización de la nación.

En este contexto de producción histórico-ideológico, podemos inscribir las reflexiones sobre la emigración europea que Vicuña Mackenna inserta como una digresión ensayística en su relato de viaje, donde examina y analiza los posibles beneficios y dificultades que traería para Chile. Tanto para él como para la mayoría de sus contemporáneos, la emigración europea representa la salvación para Sudamérica, porque fomentará “la regeneración de sus razas, el desarrollo de su prosperidad, la estabilidad de sus instituciones” (*OC II* 274) y se convertirá en “el ejemplo práctico de la laboriosidad fecunda, la venda única que podrá cerrar la ancha herida de las discordias intestinas, el compendio en fin de todos los progresos y bienes sociales” (274). En su discurso se trasluce, además, una cierta concepción de raza compartida por los hombres comunes, pero también por los intelectuales y científicos europeos del siglo XIX, cuyos orígenes se remontarían en América al siglo XVI, derivando en un uso discriminatorio del término<sup>17</sup>. Vicuña Mackenna, siendo un hombre de su tiempo,

---

1845, por el Ministerio de Instrucción Pública chileno para que realizara investigaciones sobre los sistemas públicos de instrucción primaria en Europa y Estados Unidos. Aunque también tuvo la misión de evaluar el potencial emigratorio para la colonización del sur de Chile y del Río de la Plata, gestiones que realizó principalmente con las autoridades alemanas. Pero, sin duda, el más célebre agente de la colonización del sur del país fue Vicente Pérez Rosales, quien en 1850 asumió oficialmente esta misión. En 1855 viajó a Europa con la tarea de divulgar las condiciones que ofrecía Chile a los europeos que desearan trasladarse al país.

<sup>16</sup> El estudioso mexicano utiliza esta conceptualización para describir y analizar los procesos asimétricos de integración y exclusión de los pueblos indígenas en los nuevos Estados-nacionales (cf. González Casanova).

<sup>17</sup> Hay que recordar aquí que en los años durante los cuales escribe Vicuña Mackenna se había publicado en Francia uno de los textos claves para comprender el discurso racista de la época: *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas (1853-1855)* de Joseph Arthur de Gobineau. Obra que contribuyó a la formación del mito de la “raza aria” fijándola como alta, rubia y de ojos azules; raza superior en inteligencia y físico a las del resto del mundo, cuyos descendientes eran principalmente los pueblos anglosajones. En el ámbito hispanoamericano,

no puede escapar a las conceptualizaciones y prejuicios propios de su sistema cultural eurocentrado. Si bien en su relato encontramos algunas ideas cuya matriz racista es indudable, su preocupación central, a diferencia del racismo europeo duro, no está en el sustrato biológico ni en la descripción del color de la piel, sino en las diferencias culturales y sociales.

De acuerdo a lo anterior, el viajero expresa su lugar de enunciación eurocentrado, poniendo a la emigración europea como un elemento de “regeneración” racial que debe ser entendido principalmente desde un enfoque sociocultural y en menor medida biológico. En su perspectiva, la emigración constituye parte de ese proceso de civilización necesario para el progreso de la nación y el fortalecimiento de sus instituciones. Al respecto advierte:

En verdad nunca se nos ofrecieron más brillantes oportunidades de realizar todos esos fines atrayendo hacia nosotros la corriente de emigración europea que más abultada hoy que en ninguna época y rechazada por los Estados Unidos [...] no encuentra canales expeditos por donde desbordarse, a no ser que el Brasil y la República Argentina, que tienen una política harto liberal y emprendedora en este sentido, absorban la gran mayoría de la masa emigrante a pesar del clima del primer país, aborrecible a los europeos, y de la sociabilidad del último, que se amolda mucho menos que nuestro carácter a los hábitos, gustos familiares e intereses del emigrante europeo (274-75).

Vicuña Mackenna, con un cierto grado de nacionalismo, compara las oportunidades que ofrece Chile con las de Brasil y Argentina, concluyendo que su país es el más idóneo para el emigrante europeo por su clima y sociedad. Esto muestra que el discurso de viajes está cruzado por evaluaciones ideológicas que se proyectan en su análisis geopolítico sobre la emigración. Por lo demás, la alusión a Estados Unidos no es casual, puesto que la emigración y la colonización de las regiones del oeste fueron modelos para las ulteriores emigraciones fomentadas por los intelectuales y políticos criollos<sup>18</sup>. Estas reflexiones, según el viajero, parten del ya mencionado libro que publicó

---

María Teresa Martínez Blanco ha subrayado que los letrados criollos destacaron dos aspectos principales de las propuestas de Gobineau: “la superioridad racial de los anglosajones de Norteamérica y la superioridad de la raza blanca por contraposición a las razas indias o a los mestizos” (40).

<sup>18</sup> Alberdi fue uno de los que más atención puso al modo estadounidense de colonización. El argentino indica: “Los Estados Unidos son un pueblo tan adelantado, porque se componen y se han compuesto incesantemente de elementos europeos. En todas épocas han recibido una inmigración abundantísima de Europa. [...] Véase según eso, si la acumulación de extranjeros

durante su estadía en Francia, obra que pretendía, entre otros objetivos, publicitar las bondades de las riquezas naturales del país y así atraer a los inmigrantes europeos.

En “Páginas...”, su interés pasa por desmitificar ciertas ideas que circulan en Chile e Hispanoamérica sobre la emigración: “para atajar el inmenso bien de que en pocos años seríamos deudores a una emigración constante y cimentada” (OC II 275). Vicuña Mackenna denuncia tres errores principales que pueden frenar la realización de una efectiva y provechosa emigración. El primero consiste en la creencia “de que la base de la emigración europea es la *miseria* y no la *especulación*” (275). El segundo error en que incurren los países sudamericanos es, sopesando el estado desmedrado de sus trabajadores, que se creen incapaces de “ofrecer a los emigrantes europeos las condiciones que éstos buscan” (275), sin perjudicar con ello a los trabajadores locales. Y, por último, considera “erróneo el sistema de colonizar” (OC II 275), sin integrar a los colonos dentro de la sociedad y cultura del país.

Frente al primer error, Vicuña Mackenna plantea que los pobres “no emigran jamás porque no tienen con qué ni para qué” (OC II 276). Para respaldar este argumento, homologa la colonización española del continente con la que se estaba produciendo en su época: “Cristóbal Colón no fue a América a descubrir el maíz o la papa. Lo que él quería era el oro y los diamantes de las Indias, de que había hablado Marco Polo; quería ese mismo oro que llevó al Pacífico a los Pizarros y a los Almagros, que no son sino la imagen anticuada pero idéntica de los colonos del día” (276). Y continúa con su apología idealizante de la colonización: “En verdad, lo repetimos, los pobladores de la América, nuestros padres, no dejaban el clima de la Andalucía con el propósito de ir a comprar una vida cara entre las lanzas de Arauco... Unos querían ser millonarios en las minas, otros grandes hacendados, otros grandes capitalistas por el comercio. Muchos lo consiguieron” (276). Este pasaje es revelador, por un lado, porque escenifica un rasgo de esa doble conciencia criolla blanca de la que habla Mignolo, es decir, que se percibe como legataria del mundo hispánico colonial, pero que al mismo tiempo quiere renegar de lo hispano. Y por otro, los habitantes naturales de estas tierras son presentados como obstáculos de la misión civilizatoria occidental. El territorio americano se representa entonces como un espacio disponible y abierto a la explotación colonial europea en el que sus habitantes originarios son actores pasivos y al margen de la civilización. En tal sentido, el Chile que proyecta Vicuña Mackenna excluye a las etnias indígenas como integrantes de la comunidad nacional, gesto ambiguo que repite la lógica colonial de la que quiere desmarcarse, aprobando tácitamente el denominado

---

impidió a los Estados Unidos conquistar su independencia y crear una nacionalidad grande y poderosa” (102).

colonialismo interno<sup>19</sup>. En consecuencia, la emigración, para el viajero, “no es una necesidad europea; es un negocio, y como tal debemos proceder dando ventaja por ventaja, garantía por garantía” (290). Con esta respuesta pretende alejar los temores de la élite criolla que miraba con recelo la incorporación de extranjeros en el país.

El segundo error o problema que avizora Vicuña Mackenna en la emigración europea, consiste en las considerables ventajas que, en ciudades chilenas como Valdivia, han tenido los alemanes. Esta situación iría en menoscabo de los trabajadores nacionales que identifica con los huasos, estereotipo social<sup>20</sup> que le sirve para graficar y englobar a la clase trabajadora chilena. Instalar a los colonos en una situación ventajosa sobre los huasos, para él, es un error, porque el huaso “es el labrador, el productor, y forma la gran mayoría chilena” (*OC II* 278), y por consiguiente, debe ser protegido en tanto miembro fundamental de la nación. Vicuña Mackenna enumera una serie de prejuicios y estigmas sobre los huasos que proliferan en su época, tales como su tendencia a “la mentira, la embriaguez, la ratería” (280); prejuicios que intenta explicar a partir de las causas de sus comportamientos. Para Vicuña Mackenna, la razón principal de los vicios y la ignorancia de los huasos radicaría en las desigualdades sociales que presenta el país, liberándolos de responsabilidad frente a tales imputaciones. A pesar de todas estas características desfavorables, algunas de las cuales perduran hasta nuestros días, Vicuña Mackenna sentencia que “el huaso chileno es inteligente, muy inteligente” (282), sumándole otras virtudes asociadas con la producción artística:

[S]u ingenio natural se desarrolla por sí solo desde que encuentra el más ligero pábulo; ved al *arriero* que ha visitado los pueblos, su semblante está lleno de malicia, su conversación rebosa de chistes, la historia de sus aventuras provoca entre sus compañeros esa infinita risa de que solo los arrieros chilenos son capaces. ¿Y quiénes son los *payadores* de Chile sino los huasos brutos de los

---

<sup>19</sup> Estas ideas se profundizarán años más tarde cuando ocupe el cargo de diputado de la República e impulse la denominada “Pacificación de la Araucanía”. En uno de sus famosos discursos parlamentarios de 1868, con una retórica beligerante arenga: “¡No más fronteras, no más cuestión de Arauco. No más barbarie! Y porque he demostrado que el indio se humilla siempre al fuerte y se le somete, en obsequio del mismo bárbaro, para que no resista, para ahorrarse su sangre y la nuestra propia, es por lo que estoy dispuesto a aprobar el mayor contingente que sea posible, y a confiar su uso a la cordura del Gobierno” (“La conquista” 415). Eso sí, en “Páginas...” su discurso racista no es tan pronunciado e incluso intenta ser comprensivo con el mundo indígena, aunque siempre con los remanentes propios del racismo de la época.

<sup>20</sup> Seguimos en este punto a Bernardo Subercaseaux, quien ha estudiado los estereotipos del roto y del huaso como representantes de la identidad nacional en ensayos y obras literarias de principios del siglo XX, pues “fueron concebidos como síntesis o símbolos de la raza, o como base étnica o sociológica de la nación” (10).

campos? ¿Quiénes componen esas *Décimas* tan toscas en la forma y tan llenas de espíritu a la vez? ¿Quiénes escriben esas sátiras tan finas? “El cura no sabe arar/ Ni sabe enyugar un buei...!” (282).

En síntesis, estima que el huaso representa las más loables virtudes nacionales: “Su fuerza física, su bravura, su amor nacional, instintivo pero enérgico, su generosidad de corazón, su humildad de principios aliada a un orgullo y una lealtad extraordinaria, su benevolente hospitalidad nos son bien conocidos. [...] cultivad esa bravura salvaje, aplicad esa energía indomable; ahí encontraréis el bien nacional” (283). Incluso con cierta ironía nos advierte, a través de una interrogación retórica, que el denominado “padre de la patria”, Bernardo O’Higgins, era también un huaso: “¿Qué era el General O’Higgins, la gloria militar más enaltecida entre las glorias de Chile, qué era sino un hijo de los campos, un *huaso*, sublime a su vez?” (283).

A partir de estas ideas, el viajero rehabilita la imagen del huaso ante el resto de los chilenos, más precisamente, frente a los lectores de la élite. Pero esto también significa que realiza un emplazamiento para mejorar sus condiciones sociales y así valorarlos de una forma más justa: “Y ¿por qué los chilenos todos no queríamos reconocer en nuestros hermanos estos títulos de aprecio? ¿Por qué seguir la rutina de ese desprecio con que el orgullo español miraba a los indígenas, y nos miró a nosotros mismos? ¿Por qué hemos de perpetuar la injusticia de la barbarie colonial y aceptar la calumnia que nos hiere a todos?” (*OC II* 283-84). Tales concepciones evidencian las contradicciones del lugar de enunciación del viajero, ya que se siente heredero de la tradición hispana pero aquí reniega de ella, al subvertir el binomio colonial de civilización y barbarie imputando esta última categoría al mundo español de la Colonia. Además, adopta una perspectiva comprensiva con el indígena aunque no reivindica su figura, sino la de los huasos.

Ahora bien, para que la emigración se convierta en un aporte efectivo, Vicuña Mackenna plantea como condición básica que las desigualdades sociales deben ser mitigadas. Al respecto dice: “no puedo concebir que haya bien para uno si no hay bien para todos; no puedo creer que en una misma familia, la opulencia se sostenga sobre el hambre; el orgullo sobre la obediencia humilde, pasiva, siempre bien dispuesta; el despotismo en fin sobre la servidumbre inerme y tolerante” (*OC II* 284). Con estas palabras, que intensifican el valor de verdad de su propuesta, argumenta a favor del “bien común” como un objetivo político cardinal para la sociedad, el cual necesariamente pasa por el mejoramiento de las condiciones de vida de las clases trabajadoras del país, ya que sin ese mejoramiento la llegada de colonos europeos no tendría los efectos deseados:

Las clases trabajadoras del país y en particular las rurales, deben rescatarse de su situación actual por el bien mutuo racionalmente entendido, por humanidad, por religión, por patriotismo, para hacer la emigración benéfica, para evitar

con ella la ruina posterior del país; para salvar en fin la América del Sur con la inyección de una nueva sangre que críe generaciones morales, activas, inteligentes y emprendedoras (290).

De ahí su propuesta capital de nacionalizar la colonización europea, que le permite sortear la tercera idea errónea sobre la emigración. Vicuña Mackenna sostiene: “La emigración no debe colonizarse en fracciones aisladas sino imbuirse en la masa general de la población, distribuirse sobre todo el territorio, nacionalizarse civil y socialmente” (290). Por tal motivo, no cree conveniente que los colonos mantengan su cultura sin incorporarse a la sociedad y cultura nacional, porque “el emigrante para ser benéfico al país necesita ser *peón, minero, huaso*, como el peón, el minero y el huaso que necesitamos; pero ni el emigrante adoptará jamás ninguna de estas *profesiones*, si no se mejoran como hemos dicho; ni el huaso aceptará al emigrante si no es en nivel con él” (287).

El proyecto de Vicuña Mackenna es, en definitiva, un proyecto nacional moderno anclado en la tradición teórica republicana e ilustrada que busca convertir al emigrante en un ciudadano de la nación. Para ello, sigue el modelo de las naciones occidentales que al respecto iban a la vanguardia. Así lo comenta:

[H]agamos al emigrante, no un *colono* como lo hizo la España de nosotros, sino un *ciudadano* como lo han hecho los Estados Unidos, como lo hace la Inglaterra hoy día en Australia y en el Canadá, como lo hace la Francia en Argel; y que entre nosotros sea la *familia* el vínculo de esa eterna unión, unión para la que no habrían más obstáculos que las preocupaciones (*OC II* 287).

Partiendo de estas razones históricas y sociológicas, establece aquí que tanto el ciudadano como la familia son los cimientos básicos de un Estado nacional unido. Los colonos deben ser integrados entonces con sus familias como ciudadanos, pues de no hacerlo, podrían superar a los chilenos y provocar la desintegración nacional, e incluso, desencadenar una guerra civil y social:

Una raza extranjera que no puede amarnos porque no nos conoce, más fuerte, más cultivada que la masa de nuestras poblaciones; marchando siempre adelante, sobreponiéndose a nosotros por la industria y la civilización; ganando nuestro terreno, rechazándonos a medida que avanza, se pondría un día al nivel de nuestras fuerzas. Y entonces ¿qué sucedería? Dos nacionalidades distintas se habrían formado, dos razas opuestas, contrarias en todo, estarían enfrente la una de la otra. Incapaces de aliarse en masa, la lucha inevitable, la guerra civil, guerra además social, religiosa, de propiedad, de individualismo, se enciende con todos sus estragos, y vencido o vencedor, Chile se ha arruinado para siempre (284-85).

Pues bien, lo interesante en esta cita es que Vicuña Mackenna ha silenciado e invisibilizado a los indígenas del territorio nacional, debido a que no pertenecen al modelo de ciudadano y de civilidad que está buscando establecer, lo que constituye y ratifica, a nuestro juicio, su lugar de enunciación eurocentrado. Sus aprensiones se dirigen a salvaguardar al Chile criollo-mestizo, y no a los grupos originarios, que excluye del ideario republicano que desea instaurar. La marginación de estos grupos es un rasgo característico de esa doble conciencia criolla que ha emergido tras la independencia política y que no se identifica completamente ni con españoles ni con indios (Mignolo, *La idea* 89).

El viajero no está pensando en colonizar con cualquier tipo de emigrante europeo, sino en los alemanes que ya en la década del cuarenta habían comenzado a llegar con sus familias a Valdivia. Pero también piensa en los suizos, a quienes considera quizás los más aptos para el proceso de colonización: “Los alemanes parecen más cosmopolitas y se distribuyen sobre todo el globo [...] De los otros emigrantes los suizos componen el mayor número, y estos serían para nosotros tal vez los mejores colonos. Republicanos, hijos de las montañas, Chile sería también simpático para ellos” (*OC II* 290)<sup>21</sup>.

Cabe señalar que la idea de una emigración alemana y suiza no fue favorecida únicamente por las circunstancias históricas, sino que también era funcional a la postura ideológica de los intelectuales criollos como Vicuña Mackenna, que privilegian a los emigrantes provenientes de regiones europeas que han logrado mejores resultados económicos y sociales. En Chile, Vicuña Mackenna espera que se conviertan en sujetos productivos para la nación, sobre todo en la explotación de los recursos agrícolas que, como se ha destacado, constituían el eje central de su pensamiento social y económico.

#### 4. CONCLUSIONES

En este trabajo analizamos la perspectiva ideológica presente en “Páginas...”, a partir de dos aspectos que consideramos fundamentales en el proyecto nacional planteado por Vicuña Mackenna: sus reflexiones en torno al desarrollo de la agricultura y a la emigración europea en Chile. Examinamos esta obra, colateral con respecto a sus

---

<sup>21</sup> La idea de colonizar con alemanes y suizos las regiones sudamericanas estaba ampliamente difundida durante el siglo XIX, pues se les consideraba “razas” industriales y fuertes que habían sido capaces de doblegar sus adversas condiciones climáticas. Las autoridades gubernamentales locales creían firmemente que eran los colonos más competentes para soportar el clima y la geografía del sur de Chile y Argentina. En este contexto, Vicuña Mackenna solamente reproduce algunas de las estereotipadas imágenes sobre los colonos alemanes y suizos que circulaban en aquel entonces; imágenes que ya habían sido enunciadas, algunos años antes, por Sarmiento en *Viajes*, donde había idealizado a los emigrantes alemanes (283).

estudios históricos, por considerar de vital importancia su aporte desde el punto de vista del estudio de la historia intelectual y del campo cultural chileno del siglo XIX.

Para esta investigación, enmarcamos “Páginas...” dentro de la tradición de los relatos de viajes producidos por letrados como Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Pérez Rosales y el propio Benjamín Vicuña Mackenna, los que sirvieron como espacios textuales de reflexión ensayística; espacios donde, entre otras cosas, abordaron las problemáticas contingentes de sus respectivas naciones y de Hispanoamérica en general, al contrastar lo propio con los modelos civilizatorios del período: Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania, entre los más destacados. En tal sentido, el relato de Vicuña Mackenna a partir de su experiencia de viaje contribuye a la formación de una identidad nacional y a la búsqueda de una inserción en el mundo occidental (Sanhueza, “En busca” 62-3).

El viaje de Vicuña Mackenna tiene, a la vez, la particularidad de ser un viaje de exilio, como lo ha clasificado Sanhueza, donde lo político se une a lo formativo (*Chilenos* 102). Tal situación marca su discurso, en tanto su preocupación por establecer una política de la tierra y de la emigración es un motivo transversal de su perspectiva. En otras palabras, la experiencia y aprendizajes conseguidos en su travesía se textualizan en un relato donde pensar la nación desde la distancia es el eje estructurador.

En este contexto, sus reflexiones ensayísticas en torno a la nacionalización de la emigración y la agricultura como motor social y productivo de Chile, resultan interesantes y novedosas porque se conforman sobre una diversidad de discursos que expresan la compleja red interdiscursiva que se articula en su perspectiva ideológica. Discursos provenientes de variados sectores del conocimiento y del pensamiento que son de difícil clasificación y que, a veces, pueden parecer contradictorios. El estudio de su perspectiva ideológica manifiesta esta condición, debido a que no es una ideología enmarcada solamente en el liberalismo chileno como habitualmente se le suele etiquetar. Tal vez esto sea correcto si pensamos en otras obras del autor y en su trayectoria política, pero en “Páginas...”, texto de juventud, no es posible clasificar su perspectiva ideológica con precisión. Lo anterior no niega, sin embargo, el predominio del ideario liberal chileno, sino que reconocemos otros ribetes que no se limitan a él. En tal problemática, concordamos con Grínor Rojo, quien advierte que la ideología no es “una totalidad uniforme, compacta y a salvo de contradicciones” (110) y que en rigor “no existe ideología, sino ideologías, que ellas se están movilizándolo permanentemente, que por lo mismo se despliegan en un campo de lucha” (110).

Desde este punto de vista, se ha propuesto interpretar la perspectiva ideológica del viajero como descolonizadora ambigua, pues, por un lado, intenta liberarse de la subordinación política y mental de la que ha sido objeto América y sus habitantes, al proponer un modelo de desarrollo político y económico que conserve las particularidades nacionales; pero, por otro, mantiene un lugar de enunciación eurocentrado,

porque su proyecto nacionalista excluye a los grupos indígenas que conformaban y habitaban el Chile de la época.

En definitiva, tanto la nacionalización de la emigración como la apología de la agricultura, son planteadas por Vicuña Mackenna en el marco de la formación y del fortalecimiento socioeconómico del germinal Estado-nación chileno. Pero al mismo tiempo, busca establecer un modelo de ciudadano forjado en el trabajo de la tierra que reconoce en la figura del huaso al presentarlo como emblema de la identidad nacional.

## BIBLIOGRAFÍA

- Alberdi, Juan Bautista. “Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivados de la ley que preside al desarrollo de la civilización en la América del Sur”. 1852. *Política y sociedad en Argentina*. Ed. Oscar Terán. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005. 66-183.
- Bello, Andrés. “Discurso pronunciado por el rector de la Universidad de Chile en el aniversario solemne de 29 de octubre de 1848”. *Anales de la Universidad de Chile* 7 (2014): 273-306.
- Barreda, Gabino. “Oración cívica”. 1867. *Cuadernos de Cultura Latinoamericana* 72. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- Bilbao, Francisco. “El evangelio americano”. 1864. *Bilbao 1823-1865: el autor y la obra*. Ed. José Alberto Bravo. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2007. 677-757.
- Carmagnani, Marcello. *El otro occidente. América Latina desde la invasión europea hasta la globalización*. México: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Donoso, Ricardo. *Don Benjamín Vicuña Mackenna. Su vida, sus escritos y su tiempo. 1831-1886*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1925.
- Escobar Valenzuela, Gustavo. *La Ilustración en la filosofía latinoamericana*. México: Editorial Trillas, 1980.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. 1526. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Fernández López, Manuel y Danaide del Valle Orellana. “Manuel Belgrano y la difusión de la fisiocracia en América del Sur”. 30 abr. 2014. Recurso electrónico.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo: historia de una polémica, 1750-1900*. Trad. Antonio Alatorre. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- González Casanova, Pablo. “Colonialismo interno. Una redefinición”. *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*. Comp. Atilio Boron, Javier Amadeo y Sabrina Gonzáles. Buenos Aires: CLACSO, 2006. 409-434.
- Martínez Blanco, María Teresa. *Identidad cultural de Hispanoamérica. Europeísmo y originalidad americana*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense, 1988.
- Meek, Ronald. *La fisiocracia*. Trad. José García-Durán. Barcelona: Editorial Ariel, 1975.

- Mignolo, Walter. *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*. Trad. Juanmari Madariaga y Cristina Vega Solís. Madrid: Ediciones AKAL, 2003.
- . *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. 2005. Trad. Silvia Jawerbaum y Julieta Barba. Barcelona: Editorial Gedisa, 2007.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. 1992. Trad. Ofelia Castillo. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Rojo, Grínor. *Diez tesis sobre la crítica*. Santiago: LOM Ediciones, 2001.
- Sanhueza, Carlos. *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*. Santiago: Dibam/Lom, 2006.
- . “En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX”. *Estudios Ibero-Americanos* 2 (2007): 51-75.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Viajes por Europa, África y América*. 1849. Ed. Javier Fernández. Santiago: Editorial Universitaria y ALLCA XX, 1997.
- Subercaseaux, Bernardo. “Literatura, nación y nacionalismo”. *Revista Chilena de Literatura* N° 70 (2007): 5-37.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. “Páginas de mi diario durante tres años de viaje 1853-1854-1855”. 1856. *Obras completas. Volúmenes I y II*. Santiago: Universidad de Chile, 1936.
- . “La conquista de Arauco: discurso pronunciado en la Cámara de Diputados en su sesión del 10 de agosto”. 1868. *Obras completas. Volumen XII*. Santiago: Ediciones de la Universidad de Chile, 1936. 391-434.
- Williams, Raymond. *El campo y la ciudad*. 1973. Trad. Alcira Bixio. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2001.
- Zea, Leopoldo. *América en la historia*. México: Fondo de Cultura Económica, 1957.
- . *El pensamiento latinoamericano*. México: Editorial Ariel, 1976.